

Cp. F. XIII
8

APUNTES HISTÓRICO-LITERARIOS

SOBRE

LA ANTIGUA GRECIA.

POR EL

SEÑOR DON JUSTO ALVAREZ AMANDI,

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO.



P. 2202

MADRID

IMPRESA DE JOSÉ PERALES Y MARTINEZ.

Calle de Hernan-Cortés, núm 7.

1881.



APUNTES HISTÓRICO-LITERARIOS
SOBRE
LA ANTIGUA GRECIA

PRELIMINARES.

Entre los pueblos todos de la antigüedad, juega un papel muy especial é importante, en la historia de la civilizacion del mundo, la Grecia: pais que sirve como de eslabon entre el Oriente y el Occidente, y donde la imaginacion de sus hijos supo revestir de risueña forma, si bien alterándolas y desfigurándolas, las primitivas tradiciones que nos llevan hasta la cuna de la humanidad. Aunque la idolatría sea oriunda de las regiones orientales, en Grecia fué donde el politeismo se engalanó con las mil y una creaciones de la fábula, poniendo al servicio de ésta los poetas y artistas helenos sus privilegiadas facultades. Es tambien la Grecia, por sus instituciones políticas, el pais de la oratoria popular, como lo es de la filosofía, como lo es de la historia clásica. En una palabra: la cultura del espíritu se nos manifiesta en Grecia bajo los varios aspectos de sus múltiples estados y diversas formas.

Infiérase de aquí cuál será la importancia que para el hombre estudioso debe tener el conocimiento de la literatura y artes griegas; importancia que sube de punto considerando que la vida intelectual de Roma no es sino un reflejo, una copia casi de la griega; y que, si las literaturas modernas en gran parte buscaron sus modelos en la latina, esos modelos hállanse más puros y perfectos, generalmente hablando, en la hermosa Grecia.

DIVISIONES.

La Poesía debe colocarse ante todas y sobre todas las ramas de las bellas artes en la Grecia. Los vates griegos no tienen rival en el mundo clásico antiguo.

A-1881367731

Sigue despues en importancia la *Elocuencia*, consiguiendo señalados triunfos en la libre Atenas; y al lado de la oratoria puede colocarse como ramo del saber, no ménos importante, la filosofía.

Por último, la *Historia* nos ofrece acabados modelos de narracion en todas sus especies, poniendo ante nuestra vida el cuadro de la vida de las antiguas monarquías asiáticas, mostrándonos las consecuencias del choque de estas civilizaciones con la civilizacion griega, y más tarde los resultados de la conquista universal que Roma llevó á cabo.

La música, la estatuaria, la pintura y la arquitectura son en Grecia un precioso complemento de la poesía; así como, al par de sus historiadores, podemos estudiar los progresos que entre los griegos tuvieron las artes útiles y las ciencias de aplicacion.

¿En qué períodos se desarrolla á nuestra vista este interesante panorama de la cultura griega? En cinco. 1.º En los tiempos primitivos, la edad *divina* nos pone en relacion con los dioses del Olimpo; periodo ante-histórico, lleno de fábulas, de tradiciones mitológicas, y de símbolos. 2.º Despues la edad *heróica* nos hace, por boca de Homero, conocer las hazañas de los hijos de los dioses, que inspirarán más tarde á los griegos valor sin fin y admirable heroismo. 3.º Con Solon darán luego principio los *tiempos históricos*, durante los cuales será Grecia por algunos siglos el pais de los artistas y de los sabios, ofreciendo al mundo su admirable edad de oro en los dias de Pericles. 4.º Termina este período con las conquistas de Alejandro Magno, las cuales marcarán el principio de la *época alejandrina*, no concluyendo esta hasta que la Grecia quede reducida á la obediencia de Roma. 5.º *La Grecia romana* constituirá, por fin, el último período de la civilizacion griega dejándonos adivinar hasta qué punto trascienden al órden intelectual las consecuencias de la conquista.

Al final de este período comienzan á sentirse en el mundo los efectos de la predicacion del Evangelio; y cabalmente la lengua griega es la destinada por la Providencia para ofrecer al espíritu humano los primeros tratados apologéticos de la nueva religion: el griego es generalmente hablando la lengua del Nuevo Testamento, y en griego escriben los primeros historiadores de la portentosa revolucion que el cristianismo llega á operar en las almas.

En este trabajo nos proponemos recorrer con la brevedad posible tan ameno campo, para recrearnos con sus bellezas y primores.

LA POESÍA EN GRECIA.—EDAD DIVINA.

La poesía y la religion caminan juntas en la Grecia.—La idea de la unidad de Dios sólo llegó á conservarse íntegra en el pueblo hebreo. Al pasar de allí á otras naciones se desfiguró notablemente, descendiendo de su altura excelsa hasta el punto de convertirse el monoteismo en el *antropomorfismo* politeista, que pobló de dioses y semi-dioses el Olimpo. Pero, como el sentimiento religioso es natural en el hombre, aun adulterada la recta nocion de la divinidad, el hombre comprendió la necesidad de poner su vida, su suerte, sus necesidades, bajo la tutela de seres superiores á él en naturaleza y atributos; y hasta cierto punto conservó una especie de unidad entre esos seres celestiales, al suponer á Júpiter padre de los dioses y de los hombres. De aquí que, en estos remotos tiempos de la Grecia, los primeros poetas son los primeros sacerdotes que celebran los sacrificios y loan á los dioses, estando ellos mismos revestidos de carácter sagrado. Son Lino, Museo, y Orfeo, el último sobre todo, de quien dice Horacio que los primitivos hombres le fueron deudores de la suerte incomparable de abandonar la vida errante y salvaje, adquiriendo suavidad de costumbres y cultura social; maravillas realizadas todas por el mágico poder de la poesía.

*Sylvestres homines sacer interpresque Deorum
Cædibus et victu fædo deterrit Orphens.*

(ARTE POÉT. 391-92.)

Estos poetas de la edad divina describieron ante sus contemporáneos el velo de lo pasado. Lino los instruyó acerca del origen del mundo y de los astros, acerca de los animales y de los brutos.

Museo, hijo de Eumolpo, les narró la generacion de los dioses. Orfeo tañó su cítara para ensalzar con entusiastas himnos los beneficios de la divinidad. Así nos lo presentan las antiguas tradiciones. Pero de sus obras nada resta; aunque adivinamos su importancia, sabiendo que les proporcionaron un asiento en el templo de la inmortalidad.

POESÍA.—LA EDAD HERÓICA.

A la edad divina sucede en Grecia la edad *heróica*, esto es, el período en que los poetas, sin dejar de cantar á los dioses, á la par de las alabanzas de estos y de su

grandeza y poder, ensalzan á los héroes, hijos de los dioses. La imaginacion popular se apoderó de las tradiciones de la época anterior, y uniéndolas y enlazándolas con las hazañas que acababan de llevar á término los príncipes helenos luchando por su independendencia, y extendiendo por las regiones del Asia Menor la gloria y renombre de las armas griegas, aparecen los poetas *cíclicos*, quienes recorrian las comarcas todás del pais (no de otro modo que los *tronadores* de la Edad Media,) poniendo á la vista de las generaciones presentes la virtud y el valor de las pasadas; ya expresasen sus conceptos en el sencillo y preciso dialecto eolio, ya en el jónico más puro y armonioso, ya en otras ramas de la lengua madre, debidas á la combinacion de los elementos anteriores. Un génio superior, el de Homero, supo enlazar todas estas tradiciones y variados cánticos en la superior unidad de la epopeya; y, casi al mismo tiempo, otro vate de no menor importancia, Hesiodo, nos ofrece el cuadro acabado de toda la mitología griega, enseñando por otra parte á los hombres las primeras nociones de las artes útiles, que indican visible progreso y perfeccionamiento en la vida social. Despues de la poesía sagrada del período anterior, la poesía épica con ella aliada y á ella unida, despues de la poesía heróica la didáctica, llena tambien en parte de sabor religioso. En pos de Orfeo Homero; siguiendo á Homero, Hesiodo.

POESÍA ÉPICA.—HOMERO.

El cantor de lostiempos heróicos fué Homero.

Siete ciudades, Cúmas, Esmirna, Chios, Colofon, Pilos, Argos y Atenas, se disputaban la gloria de haber sido cuna de este hombre extraordinario, que unos críticos suponen contemporáneo y testigo de la guerra de Troya, y otros, con mayor probabilidad, bastante posterior á ella. *La Iliada*, la guerra de Ilion, es la obra maestra de Homero, y contiene sólo un episodio de la guerra troyana como asunto principal y dominante. Y esto no obstante, figura en la literatura general como la epopeya más perfecta de las antiguas edades, no faltando quien diga que de todos los siglos. ¿Cuál es la razon de esa especie de anomalía? La siguiente: Tiene *La Iliada* veinticuatro cantos; dura su accion cincuenta y un dias; la enemistad entre Aquiles y Agamenon es como el polo sobre que gira todo el poema y sus diversos episodios; batallas, funerales, juegos, sacrificios, etc. Pero en esas luchas pelean dos pueblos rivales, los griegos y los troyanos; chocan dos civilizaciones, la helena y la asiática; y el elemento religioso entra como

parte muy importante en la narracion épica. Los dioses del Olimpo, que aparecen como divididos entre griegos y troyanos, se manifiestan en *La Iliada* en la plenitud de sus facultades y grandeza, por donde viene Homero á fijar en su poema los caractéres del politeismo griego, tal cual subsistieron en el mundo antiguo pagano. Tenemos, pues, en *La Iliada* que dirigir nuestro estudio y atencion, no tanto á los héroes, hijos de los dioses (*pueros deorum*, segun Horacio los ha llamado), como á estos mismos dioses, que al lado de los guerreros figuran, y que toman parte tan directa en los hechos humanos. El valor de los griegos, alentado por la proteccion directa de las divinidades olímpicas, enseñará á las generaciones sucesivas el camino de la gloria; y la union de voluntades y esfuerzos que muestran los que pelean bajo los muros de Troya, será el eficaz elemento de la federacion de todos los pueblos de la raza helena ante las eventualidades del porvenir.

La idea religiosa y el sentimiento patriótico; hé aquí el doble aspecto que ofrece á nuestra consideracion *La Iliada*, viéndose realzadas estas cualidades de fondo por la forma dramática, altamente interesante, que ostenta á veces el poema, y por los magníficos episodios que aumentan sobremanera el valor del mismo.

Escribió tambien Homero la *Odisea*, poema que traza la historia del regreso de Ulises á Itaca, su patria; pero sencillamente, sin la elevacion de ideas y de estilo que ostenta *La Iliada*. En la *Odisea* intervienen asímismo los dioses, mas no tan en la plenitud de su majestad como en el otro poema. En la *Odisea* déjase ver más que en *La Iliada* la vida humana, usos, costumbres, razas, ciudades, ideas, pasiones, organizacion de la familia, etc.; sin que por eso el relato de las contradicciones y obstáculos, que el héroe tiene que vencer antes de arribar á su país, deje de ofrecer, bajo el punto de vista del arte, conjunto armónico, y multitud de episodios y detalles llenos de interés. Porque, como dice Boileau, hablando de Homero:

»Es de gracias su libro abundante tesoro;
 »Todo cuanto ha tocado, él, se convierte en oro.»

Por eso, si hemos de recordar el simil empleado por Longino, *La Iliada* es como el sol que brilla esplendoroso sobre el meridiano, mientras que la *Odisea* parece al mismo sol, que majestuosamente camina al ocaso de la edad heróica. La fama y gloria de Homero jamás pudieron entre los antiguos extinguirse; dado que, segun hace observar un erudito escritor, (Costanzo, Historia Universal. Tomo 2.º Parte II; cap. 1.º),

es el teólogo más ilustre del politeísmo, el historiador de los tiempos épicos y de la genealogía de los héroes, el geógrafo de aquellos remotos siglos y el pintor acertado de la raza helénica con todo su valor y grandeza; pintor que, reuniendo los elementos diversos de la civilización á él anterior, para legarlos á los venideros, vino como á preparar aquella poderosa unidad, que más tarde se revela grande y magnífica en presencia de los persas invasores.

No es, pues, de extrañar que la lectura de Homero, lo mismo en Grecia que más tarde en Roma, fuese el elemento obligado de toda educación intelectual; y que, no sólo los poetas, oradores é historiadores, políticos y guerreros se aleccionasen en las enseñanzas de sus poemas, sino que estos llegasen á adquirir, aun entre el vulgo, inmensa popularidad. En la literatura Latina, Virgilio fué quien más directamente se inspiró en Homero, modelando, por decirlo así, los seis primeros libros de la Eneida en la Odisea, y los seis últimos en la Iliada.

Homero ha sido traducido á la mayor parte de las lenguas modernas. En España tenemos la versión al castellano de *La Iliada*, hecha por el Sr. Gomez Hermosilla.

POESÍA DIDÁCTICA.—HESÍODO.

Después de Homero aparece en la escena literaria de la Grecia, Hesíodo, de Ascreea; aunque alguien haya querido hacerlos contemporáneos, la versificación de Hesíodo, revela una prosodia más acabada: lo cual acusa un período de posterioridad, quizá de un siglo, con respecto al canto de Troya. Las ideas que tocante á dioses y héroes vemos en Homero, envueltas entre el relato épico, y engrandecidas con la sublimidad de estilo que campea en sus concepciones, tienen en Hesíodo un carácter más completo de instrucción. Empleó además su pluma en revestir con poético colorido la enseñanza de ciertas artes útiles, que suponen en los hombres necesidades de una vida social, cercana ya á los linderos del siguiente período histórico. Es, por lo mismo, la poesía de Hesíodo, totalmente didáctica, aunque participando algo, por sus asuntos, del carácter religioso ó divino de la edad anterior. Sus poemas se titulan: *La Teogonía*, *El Escudo de Hércules*, y *Los Trabajos y los Días*.

Es *La Teogonía* de Hesíodo como una especie de libro genealógico de los dioses todos del Paganismo: *Hesiodus memorat divos, divumque parentes*, como dice Manilio. (Astronomicon, lib. II). Y ya se le mire como fuente de noticias mitoló-

gicas, ya intentemos, á través de sus fábulas y alegorías, hallar algun fondo de verdad histórica, no puede desconocerse la importancia de este poema.

El hecho es, que á él han acudido los antiguos como al máspreciado depósito de sus creencias religioso-politeistas, y en su contenido supo hallar Ovidio la variedad de hermosas tradiciones que atesora en sus «Metamorfoseos,» y las interesantes reminiscencias bíblicas que en los primeros cantos de este poema se contienen. Es, pues, *La Teogonía* de Hesiodo, una obra eminentemente teológica; como lo es también *El Escudo de Hércules*, en que de un modo especial se ocupa en descubrir la célebre armadura del fuerte semi-dios, en estilo elevado y lleno de primores.

El poema didáctico que Hesiodo tituló *Los Trabajos y los Dias*, abraza la enseñanza de multitud de artes y conocimientos; como agricultura, labores de cada estación, construcción de buques, navegacion, consejos morales y de educación, etc. Por esta misma variedad, es sorprendente el estilo de esta producción, tan celebrada en la antigüedad greco-latina, y que confiesa Virgilio haber tenido presente, para trazar sus preciosas Geórgicas:

Ascræum cano romana per oppida carmen.

(LIBRO II, 176).

LOS POETAS ÉPICOS GRIEGOS

Y LAS ENSEÑANZAS BÍBLICAS.

Indicado queda el principio. Las verdades primitivas que relativamente á Dios y al origen del mundo recibieron de los antiguos patriarcas los pueblos que, allá en remotos siglos, nacen de la dispersion de Babel, pronto se ven alteradas y desfiguradas.—El hombre, entregado á sí sólo, se forja una idea harto grosera y baja de la Divinidad, y cuanto más se aparta de aquel foco de verdad y de luz que irradia en el Oriente, más imperfectas son las nociones religiosas, haciéndose el culto de los ídolos más universal.—Así lo consigna con luminosa fuerza de razonamiento, Lactancio, en el libro 2.º de sus «Instituciones Divinas.» Por eso la primera fase de la idolatría tenemos que buscarla en Oriente, en los pueblos que estuvieron en relaciones con el pueblo de Dios: de cuyo hecho histórico tenemos en los Libros Santos hartos testimonios.

El politeísmo y la idolatría, forma espontánea y natural del politeísmo, pasaron del Asia al Egipto, y de éste á Grecia, segun Herodoto afirma en las siguientes palabras: «A la verdad que los nombres de *casi* todos los dioses vinieron del Egipto á la Grecia. Y, preguntando yo esto á los bárbaros, averigüé y tengo por cierto, que de allí *principalmente* han venido» (Lib. II.) De las frases limitativas *casi* y *principalmente* se deduce con bastante claridad que los griegos aumentaron el catálogo de divinidades que el Egipto les suministrara, y así lo expresa el mismo Herodoto, afirmando á continuacion que los egipcios no conocieron siquiera de nombre ni á Neptuno, Cástor, Juno, y Vesta, ni á Témis, ni á las Gracias, ni á las Nereidas. Crearon, pues, los helenos nuevos dioses; dioses secundarios á millares, y séres intermedios entre los dioses y los hombres cuantos quiso la imaginacion de los poetas. Porque, segun el citado historiador consigna, «Hesiodo y Homero, los cuales opino que han existido cuatrocientos años no más ántes que yo, fueron quienes introdujeron la multitud de los dioses griegos, y les dieron denominaciones, honores, y diversos atributos y figuras.» (Ibid.)

Pues bien; Homero y Hesiodo, no solo fijaron los elementos de la teogonía politeísta, sino que, como hemos visto, dieron ensanche considerable al reino de la fábula, creando al lado de los dioses multitud de héroes por los dioses engendrados. Pero, al través de sus mitos y tradiciones, es evidente que se vislumbran las verdades principales que acerca del origen del mundo y del hombre consignan el Génesis y otros libros del Antiguo Testamento.

Hesiodo, mostrándonos en su Teogonía el primitivo Cáos, del cual el orbe fué surgiendo, parece haber por sí mismo leído las primeras páginas de la admirable narracion mosáica, cuando en el principio las tinieblas cubrian la faz del abismo, y el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas; y su relato de la guerra de los Gigantes es en el fondo la historia de los ángeles rebeldes, arrojados del cielo por haber querido escalar el trono del Señor. Y así de otros recuerdos sagrados que, con mayor ó ménor vaguedad parecen evocarse en este poema.

En el que tituló «Los Trabajos y los Dias,» Hesiodo ofrece, en las primeras páginas, la bellísima alegoría de la caja de *Pandora*, esto es, de la criatura formada por un conjunto de dones de todos los dioses; caja que, donada á Prometeo, siempre debiera estar cerrada: mas que, abierta por Epimeteo, hermano de éste, hizo que todos los males allí encerrados se derramasen por la tierra, quedando sólo la esperanza en el fondo de la caja. ¿No se ve con harta claridad en este interesante episodio una reminiscencia del árbol del Bien y del Mal, de la

prohibición impuesta por Dios á los primeros padres, de la vanidosa curiosidad que hizo gustar á Eva el fruto vedado, de los males que la fatal desobediencia trajo en pos de sí, y hasta de *la esperanza* de un Libertador, otorgada á Eva y á Adán, despues de haber prevaricado? Pues, cuando Hesiodo, en el mismo poema toma aires de moralista, y se dirige á los reyes y grandes de la tierra, parece haber arrancado sus versos de las páginas de los libros Sapienciales, ó de las obras de Moisés. (Pueden verse á este propósito los pasajes que transcribe Costanzo en su *Historia Universal*. Tomo tercero, parte primera; pág. 41 y 42.)

Estas mismas reminiscencias de sucesos ó de enseñanzas bíblicas se hallan en los poemas de Homero. El sábio jesuita P. Guerin de la Roca, en su *Historia verdadera de los tiempos fabulosos*, intenta demostrar que el fondo de la narracion de la Iliada está tomado del libro de los Jueces, capítulos XIX al XXI, que tratan principalmente de la guerra de los Gabaonitas. Del Oriente, del pueblo escogido recibió el Occidente, transformándolas despues ó adulterándolas, estas tradiciones relativas á los primeros tiempos históricos: idea que se completa con la aseveracion de los que llegan á decir que los hebreos enseñaron á sus vecinos los fenicios las letras, al principio del reinado de Cadmo en Tyro, y que Cadmo á su vez las enseñó á los griegos, difundándose luego por toda la tierra. (V, Migne, *Patrología Griega*, Tomo 88, y sus indicaciones sobre este particular).

Hesiodo tuvo en Roma felices imitadores. Virgilio en sus *Geórgicas* siguió los pasos del poema *Los Trabajos y los Dias*, mientras Ovidio buscó en *La Teogonía* la fuente principal de bellezas para sus *Metamorfóseos*.—Entre los modernos, es quizá el abate Bergier quien estudió con mayor detenimiento á Hesiodo en su obra «El origen de los dioses del paganismo y el sentido de las fábulas.»

TRÁNSITO Á LA EDAD DE ORO.

POESÍA ELEGIACA Y LÍRICA.

Como precediendo al gran movimiento poético que en Grecia se habia de notar, una vez establecidas sobre sólidas bases, bajo formas de gobierno más libres que las del antiguo régimen, los definitivos elementos sociales de aquel singular pueblo, la primera poesía que despues de los tiempos de Homero hallamos es la subjetiva, dándonos á conocer los íntimos afectos del corazon, ya bajo un aspecto grave, que llora los pe-

sares y amarguras del alma, ó ensalza las virtudes y el valor de los héroes, ya bajo un aspecto risueño que, cantando el placer y la voluptuosidad, es seguro indicio del nivel de la cultura moral. La elegía y la oda aparecen en el cuadro de la literatura Griega con sus rasgos característicos, y son cultivadas por varios poetas, inventores á la vez de nuevos elementos métricos en la versificación, que sirvieron de pauta á los vates sucesivos. *Calino* de *Efeso*, y *Tirteo*, ateniense, con sus cantos guerreros avivaron el valor de sus contemporáneos en los campos de batalla. *Mimnermo*, de *Colofon*, elegíaco dulce y melancólico; *Arquilocos*, procaz y obsceno, aunque de elevado estro, segun el juicio de los antiguos; *Alcman*, de *Sárdes*, voluptuoso hasta lo sumo; *Alceo* de *Mitilene*, cuyo talento supo abrazar muy diversas variedades de la poesía lírica, la célebre *Safo*, de *Lesbos*, tan renombrada por su ternura, apasionamiento y exquisita sensibilidad, y otros muchos vates florecían en la Grecia, elevando ya á notable perfección los géneros que respectivamente cultivaron.

Atestiguan muchos de ellos en el desorden de su imaginación sensual y erótica cuáles eran las costumbres públicas y privadas en todo el suelo heleno: estado que tan al vivo habia de reflejar en el siguiente período histórico la musa de *Anacreonte*. Quedan fragmentos sólo de algunos de estos poetas; de otras obras enteras, cortas por punto general. Eso no obstante, debe consignarse que la antigüedad sabia los tuvo en gran aprecio, y que *Horacio*, príncipe de los líricos latinos, júzgase dichoso en imitar á *Alcman*, *Alceo*, ó *Safo*, en alguna de sus mejores obras. En castellano tenemos traducciones directas de varios de estos líricos griegos. Los cantos de *Tirteo* fueron vertidos al español por *D. José Castillo y Ayensa* (1832), y á fines del siglo pasado, (1799), *D. José* y *D. Bernabé Canga-Argüelles* tradujeron á nuestra lengua los fragmentos de *Safo*, las odas de *Píndaro*, y otros varios poemas de esta edad y de la siguiente. (V. *Costanzo*. Obra citada).

EDAD DE ORO DE LA LITERATURA GRIEGA.

Abraza próximamente un período de dos siglos, que se extiende desde la muerte de *Solon* hasta *Alejandro Magno* (558-323 ántes de J. C.) Jamás pueblo alguno ofreció un cuadro de vida intelectual y artística semejante. Poetas, oradores, arquitectos, escultores, pintores: todos existiendo casi á una; todos los primeros de su clase en la antigüedad; todos contribuyendo á la cultura de ese mismo pueblo, que en tales momentos históricos sabe luchar por su gloria en el exterior,

mostrándose digno de su independencia á los ojos del mundo admirado. En esta edad las letras griegas tienen un carácter más *humano*, esto es, revelan al hombre en un período social de mayor adelanto y madurez, y por eso aparecen géneros eminentemente prácticos, como la poesía moral y la fábula ó apólogo, y por eso el arte dramático tiene estrechas relaciones con el estado político del país. Examinemos brevemente cada uno de esos géneros.

1. POESIA GNÓMICA Ó FILOSÓFICA.

FÁBULA.

¿Por qué en esta edad la poesía moral ó *gnómica*, esto es, sentenciosa, vá delante?

Porque los primeros legisladores y filósofos de la Grecia quisieron dar á sus preceptos ó consejos, á sus advertencias y enseñanzas, el atractivo que caracteriza á cuanto la imaginación y el númen poético hermocean. Versos cortos á modo de proverbios eran los que, á usanza oriental, servían para grabar en la memoria del pueblo máximas, casi siempre morales ó religiosas, que para su ventura debia no olvidar jamás.

El legislador Solon, y Teognis, de Megara, fueron autores de los más afamados versos gnómicos. De ellos sólo se conservan fragmentos, no siempre de incontestable autenticidad. Los primeros filósofos griegos, buscaron también en el verso la más adecuada forma de expresión para sus enseñanzas y doctrinas. Xenófanes y Parménides, así escribieron sus principios, (panteistas, por cierto, más ó menos explícitos); y los escasos restos que hay del segundo revelan que poseía feliz imaginación. El célebre Pitágoras, fundador de la escuela Itálica, se considera como autor de los renombrados versos *áureos*, que no son otra cosa que excelentes máximas, con las cuales en galana forma se divulgan saludables principios de sabiduría humana, que empiezan prescribiendo la veneración á los dioses, y terminan ofreciendo al hombre la inmortalidad como premio del bien obrar.—Empédocles, discípulo de Pitágoras, escribió un poema «Sobre la Naturaleza;» su doctrina es la materialista; y probablemente sirvió de norma al poeta latino Lucrecio, para trazar las enseñanzas positivistas de la célebre producción *De rerum natura*.

La FÁBULA, ó apólogo, tan usada en todos los pueblos antiguos y modernos, es género literario altamente interesante por el fin útil y práctico que se propone. Sus tendencias mo-

rales la asemejan á la poesía gnómica. Su insigne cultivador en Grecia, *Esopo*, era esclavo de origen, y fué contemporáneo del opulento Creso, junto al cual vivió en Lydia. Las fábulas de Esopo, agradan por su sencillez, ingenio y naturalidad, y sirvieron de norma á cuantos despues de él cultivaron este género: Fedro en Roma fué su traductor é imitador.

2. LA POESIA LIRICA.

ANACREONTE, PÍNDARO Y OTROS.

Las ideas y sentimientos religiosos, las fiestas y juegos á que todo el pueblo heleno concurría, la gloria de los combates, el refinamiento de la cultura, que habia estragado no poco las costumbres: hé aquí otros tantos manantiales de inspiracion para los líricos griegos de la edad de oro, quienes elevaron á su mayor perfeccion el género subjetivo, por Arquilo, Alceo, y otros, ya iniciado bajo sus variados aspectos ó matices. Muchos dioses tuvieron entónces su canto especial, como Apolo el *pean*, Baco el *dytirambo*, etc. Las denominaciones de *encomio*, *epinicio*, *trenos*, y otras varias, informaban si el poeta ensalzaba las hazañas de los héroes, ó sus victorias, ó si lamentaba pesares propios ó ajenos. La aparicion del verso *asclepiadeo*, *glicónico*, etc., señaló en este período la perfeccion y progresos de la métrica griega.

De *Estesícoro*, el más antiguo de los líricos helenos, a quien ensalza Quintiliano por haberse elevado en sus odas heróicas á la altura casi de la epopeya, quedan fragmentos insignificantes.

Síguele en el orden del tiempo *Anacreonte*, de Teos, (559 á 474 a. J. C.) Fué el cantor de las gracias y los placeres; dió nombre á las poesías festivas, y logró tener en Grecia inmensa popularidad. Han llegado á nosotros gran número de sus producciones, llenas de frescura, así como de jovialidad y encanto: cuadros risueños, de un colorido vivísimo y gracioso. Pero son muchos de ellos atrevidos hasta la licencia, y por la sensualidad que encierran, y por el vicio á que rinden culto, merecen el más absoluto reproche, como incompatibles con las buenas costumbres, y opuestos á los principios fundamentales de la ciencia de la belleza. Anacreonte fué imitado en Roma por Horacio.

Simónides, su discípulo, fué filósofo y poeta. Sus cantos, ya religiosos ó morales, ya patrióticos, lo propio que sus epigramas, le grangearon universal reputacion. Su estilo respira belleza, dulzura y sonoridad.

Anacreonte y Simónides están traducidos al castellano (V. el Apéndice de la obra repetida de Costanzo).

Píndaro, de Tebas, fué discípulo de Simónides; vivió por los años de 522 á 442 a. J. C., y con sus odas elevó á la Grecia un monumento imperecedero, que hizo su nombre indeleble en las edades antiguas. Píndaro canta á los héroes griegos, canta al púgil atleta vencedor en los juegos Istmicos, canta al diestro que obtuvo la corona en la carrera del caballo, ó en el avance del carro, en las fiestas públicas de Olimpia, Delfos y Nemea. Pero estos juegos eran en Grecia una solemnidad nacional; y el poeta, alabando á los triunfadores, sabe enlazar el elogio de su valor y destreza, con las glorias presentes y con el origen, tradiciones y pasadas glorias de las diferentes comarcas del país. De aquí que los recuerdos mitológicos jueguen gran papel en los cantos heróicos de Píndaro; de éste puede decirse que es en su siglo el continuador, bajo cierto aspecto, de la obra de Homero y de Hesiodo, y que los ágiles y animosos ciudadanos, cuyo valor aplaude, son introducidos en la oda, como medio adecuado para una y mil veces presentar á los ojos de sus contemporáneos las *antiguas* tradiciones religiosas, que quizá habian dado ya al olvido, y con ellas los beneficios que la Grecia toda debia á la divinidad. Por eso la elevacion, el fuego y el entusiasmo, son signos característicos del estilo de Píndaro; por eso Horacio, su imitador latino, confiesa que intentar emularle es exponerse á subir al espacio con alas de cera, para caer luego como el Icaro de la fábula.

Píndaro está traducido al español.

3. POESIA DRAMÁTICA.

LOS TRÁGICOS GRIEGOS.

En el brillante período de la edad de oro de las letras y artes en Grecia, á que dió nombre Pericles, es acaso la poesía dramática el género que alcanzó mayor boga; y bajo sus dos aspectos, trágico y cómico, fué cultivada por génios de primer orden, quienes legaron á las generaciones sucesivas admirables modelos en su respectiva clase. Esquilo, Sófocles y Eurípides, en la tragedia; Aristófanes, Menandro y otros, en la comedia.

TRAGEDIA.—Cualesquiera sean las tradiciones recibidas acerca de su primitivo origen, supone Horacio haber sido un espectáculo desconocido, *ignotum genus*, por Téspis inventado,

y que Esquilo llevó á la perfeccion; acercándose más tarde con Eurípides al tipo del drama trágico de las modernas literaturas.

Esquilo.—La tragedia de Esquilo, generalmente hablando, es como si dijéramos *divina*. Obran sus personajes, más que por iniciativa propia, bajo la influencia del poder de los dioses. Tanto ó más que Píndaro en sus odas, muestra Esquilo en sus cuadros trágicos las relaciones de los mortales con el Olimpo; y si la tragedia, segun su fin último, habia de purificar el espíritu de los griegos, poniendo ante su vista las terribles consecuencias de las pasiones, en las de Esquilo crece el interés á proporcion que se eleva la talla del protagonista. Vivió Esquilo por los años 525 antes de J. C., y sus obras ostentan grandiosidad y energía de expresion, cuanto elevacion y sublimidad de conceptos. Ya pinte á *Prometeo encadenado* sobre, la roca fatal de su castigo; ya á los *Siete delante de Tébas* recordando episodios de antiguas y desastrosas rivalidades; ya presente en el *Agamenon* las *Coéforas*, y las *Euménides*, sombríos cuadros inspirados en las tradiciones de la guerra troyana; ya en *los Persas* trate de herir en lo vivo la cuerda del sentimiento patriótico nacional; ya se remonte á los primeros tiempos de la Grecia en las *Suplicantes* y las *Danaides*, Esquilo, al lado de un plan sencillo en demasía, ofrece siempre en sus asuntos grandeza, movimiento y vida, en la que hay á veces algo de rudo y salvaje, sin que deje de ser admirable el conjunto. Por otra parte, crece la importancia de Esquilo al observar que, en alguna de sus concepciones, se halla visible la continuacion de las reminiscencias bíblicas que tanto enaltecen en época anterior á Homero y Hesiodo.

Hay, efectivamente, en su *Prometeo* bastante que meditar, ya aparezca en escena el infeliz condenado confesándose culpable del robo del fuego de Júpiter, por él voluntaria y deliberadamente sustraído, para enseñar á los mortales todas las artes útiles; ya Júpiter se muestre perpétuamente airado contra el delincuente; ya deje éste entrever al fin la esperanza de un libertador y el término de su desgracia: ideas todas que tienen á no dudarlo su raiz en los Libros Santos.

Sófocles, nacido en 497 a. J. C., mejoró considerablemente la tragedia griega. En cuanto al fondo, si bien carecen sus personajes de la grandeza gigantesca de los de Esquilo, ostentan en cambio una belleza ideal de primer orden, hallándose dotados de esquisita sensibilidad, de elevacion de miras y de admirable energía de carácter. Tocante á la forma, desaparecen con Sófocles los dioses de la escena; pero los medios de expresion, trajes y decoraciones, mejoran: el coro abandona su tono guerrero y amenazador, para hacerse más humano y

afectuoso; y la elocucion y el verso son en Sófocles tan dulces, ricos y armoniosos, que fué llamado por su ternura y suavidad la *abeja ática*. Su musa sigue inspirándose en las tradiciones heroicas de la madre patria. El *Ajax furioso*, la *Electra* y *Filoctetes*, revelan interesantes pormenores de la guerra de Troya y de sus consecuencias: *Edipo rey*, *Edipo en Colona*, y *Antigona*, recuerdan variados incidentes de la guerra de Tebas y de sus príncipes, sirviendo las *Traquinianas* como de memoria póstuma de la muerte de Hércules. El Edipo Rey es á no dudarlo la más trágica de las obras de Sófocles. En ella han estudiado el admirable tipo de un sér desgraciado y sufrido cuantos en los siglos sucesivos pusieron en escena las desventuras de aquel príncipe. Séneca arregló esta tragedia al teatro latino; y en castellano, Martinez de la Rosa, cuenta entre sus obras poéticas un Edipo, que buscó en el original griego el fondo de su interesante accion.

Eurípides, nacido en 480, es el tercer trágico de la Grecia; y están conformes los críticos en que pintó las pasiones humanas, tal cual son en sí, sin que brillen sus cuadros por la elevacion grandiosa de Esquilo, ni ostenten la perfeccion ideal de Sófocles. Contribuyó quizá al realismo de las obras de Eurípides, su excepticismo religioso, el desden que mostraba hácia el heroismo de otros siglos, y el mismo carácter afeminado y licenciosode su siglo, que, resumiéndose en el pueblos de Atenas, hacia que éste acogiese con aplauso las tragedias de Eurípides. Se conservan de él hasta diez y ocho, cuyos asuntos, como los de Sófocles, están buscados en los tiempos heróico-fabulosos de la Grecia. En cuanto al modo de presentarlos, indicado está que dá á sus héroes carácter demasiado humano; y quizá á este propósito introduce en sus diálogos largos razonamientos filosóficos, que hacían las delicias de Sócrates, y más tarde agradaron á Aristóteles. Sus versos están muy trabajados; hay, empero, en ellos blandura y gracia, que revelan exquisita sensibilidad, debiendo confesarse que, no obstante aquellas cualidades, se nota en las últimas obras de Eurípides cierta decadencia bajo el punto de vista del arte. *Hécuba* y *Medea*, son tragedias que presentan en trazos vigorosos la pasion de la venganza; habiendo sido la segunda imitada por Ovidio en Roma, y por Corneille y otros en las literaturas modernas. *Alceste* entraña vivo ejemplo de amor conyugal. *Hipólito*, é *Ifigenia en Aúlida*, con sus interesantes argumentos, suministraron á Racine materia para dos de sus más celebradas tragedias. En una palabra; por acercarse más en sus tendencias artísticas á la tragedia moderna, es Eurípides el dramático griego que más sirvió de pauta y molde en su género á la culta posteridad.

4. LA COMEDIA GRIEGA.

Nacida en Grecia la comedia (lo mismo que la tragedia) quizá de grotescas diversiones de campesinos, perdió al fin su sello primitivo, tornándose en un género literario de primer orden en sí, y de no escasa trascendencia social.

Precedió á la comedia el drama satírico, esto es, una accion de cortas dimensiones, representada por los sátyros y silenos, quienes entre saltos, chanzonetas, agudezas é insultos, desempeñaban su papel en medio de la risa del público, y siempre en honor de Baco, pero conservando en medio de todo cierto topo de gravedad, como Horacio indica. (Arte poética, 225 y sig.) Sófocles, Eurípides y áun Esquilo, no desdeñaron el escribir obras de esta clase, aunque sin llegar en el género á la altura de los vates Hegemon y Aqueo. De todas estas producciones sólo se conservá una de Eurípides, *El Cíclope*. Pero la verdadera poesía satírica, estaba llamada en Grecia á figurar en campo más vasto.

COMEDIA ANTIGUA Y MEDIA.—ARISTÓFANES.

En efecto; debido acaso principalmente á la constitucion política de aquel pueblo, la comedia, al aparecer como género literario perfecto, lo hace entre los griegos revistiendo un carácter de crítica universal de personas y de cosas, á la que nada hay que se resista. Magistrados, generales, filósofos, poetas, legisladores, hombres públicos y simples ciudadanos, todos caen bajo la férula mordaz del poeta cómico. Epicarmo de Sicilia, Cratino, Eupolio, Ferecracio, Platon el cómico, y Aristófanés, supieron burlarse en sus comedias de lo más santo y respetable, sin perdonar á dioses ni á héroes; y ante el voluble y ligero pueblo de Atenas, se vió expuesta como á la vergüenza la vida social y privada de ciudadanos de todas clases, sacados á la escena con sus nombres y señales. De los citados poetas, sólo las obras de *Aristófanés* llegaron á nosotros, en número de once comedias; revelando su contenido las tendencias del teatro griego en esta época llamada de la «comedia antigua,» (*vetus*, que dice Horacio), que empezó próximamente por los años 470 a. J. C. Una breve indicacion del contenido de estas producciones dramáticas, bastará para dar idea de la índole de la musa de Aristófanés.

En la comedia «Los Caballeros,» búrlase del demagogo Cleon, á quien por irrision los atenienses habian dado el

mando del ejército; ataca en «Las Nubes» á los filósofos y sofistas, en particular á Sócrates; en «Las mujeres celebrando la fiesta de Ceres,» satiriza al trágico Eurípides, contra el cual, como enemigo del bello sexo, deliberan las atenienses, reunidas con ocasion de las fiestas indicadas; en «Las Ranas» es tambien Eurípides la víctima, y con él los poetas trágicos en general, formando el coro en esta comedia las ranas del rio Estigia; en «Las Abispas,» crítica amargamente á los jueces y al sistema procesal en la Grecia seguido; satiriza en «El conciliábulo de las mujeres,» á los demagogos intrigantes que comprometian la prosperidad de la república. «Las Acarnanias,» por fin, lo mismo que «La Paz,» «Los Pájaros» y «Lysistrata,» ofrecen asuntos relacionados con las luchas internas ó exteriores que entónces traian agitado al país.

Aristófanes, pues, refleja al vivo el estado social de la Grecia, sobre todo, las rivalidades, corrupcion y vicios de la capital del Atica, presa de encontradas aspiraciones y de opuestas tendencias que se agitaban, no sólo en el orden político, sino tambien en el filosófico y el literario. Por eso á veces hay en este poeta pasajes de difícil interpretacion, porque las alusiones á personas ó á hechos de actualidad suelen ser incomprensibles. La forma literaria de Aristófanes es excelente, su diction pura, el diálogo animado y poético. Pero todas sus comedias están sembradas de obscenidades, defecto en alto grado reprehensible, por más que fuera muy del gusto del público de Atenas. Nevio fué en Roma el único dramático que intentó llevar allí la comedia antigua griega con los caracteres distintivos de produccion satírica y personalmente ofensiva que en Grecia tuvo.

El desenfreno de la musa dramática griega tuvo merecido fin. Subidos al poder los Treinta Tiranos, prohibieron que ningun ciudadano fuese presentado en escena con su nombre y traje: la sátira personal cesó por tanto, y sólo mediante alusiones malignas y encubiertas metáforas se pudo conseguir lo que ántes se hacia en el teatro descaradamente. Este nuevo aspecto del teatro en Grecia suele denominarse *comedia media*. Aristófanes escribió tambien con estas restricciones, habiendo llegado hasta nosotros su comedia «Pluton,» en la que, sirviendo de protagonista este dios de las riquezas, se burla el poeta con gracia de la desmedida avaricia y gran corrupcion de sus compatriotas. «El Pluton» está traducido al español por D. Pedro Estala, (año de 1794.)

Algun otro autor se cita de la época de la comedia media; pero sus obras no han llegado hasta nuestros dias.

PERIODO GRECO-ALEJANDRINO.

(EPOCA 4.^a DE LAS LETRAS GRIEGAS.)

Las victorias de Alejandro Magno contribuyeron no poco á llevar la cultura del espíritu á muchas de las regiones que sometió aquel afortunado rey. La supremacía intelectual pasó de Atenas á Alejandría; y en el largo espacio que media entre Alejandro y la conquista Romana (339 á 146 a. J. C.) se ve que el genio griego y el genio oriental forman estrecha alianza en la capital del Egipto hasta llegar como á confundirse en el transcurso de este período. Atenas brilla todavía con los resplandores de la comedia *nueva* debidos al talento de Menandro. Sicilia ve nacer y alzarse vigorosa con Teócrito la poesía pastoral; é infinidad de ciudades en el Asia Menor cultivan la elocuencia con gloria de sus prohombres, mientras la poesía épica y la didáctica descienden de la altura á que en el siglo de Homero y Hesiodo se habian elevado en el suelo heleno.

LA COMEDIA NUEVA.—MENANDRO.

Reducida á silencio por la ley la prócaz musa de la comedia antigua y media, quedó en Grecia circunscrito y limitado este género á su propio y legítimo campo, ciñéndose á buscar en la sociedad las costumbres públicas y privadas, y, estudiándolas, presentar ante el espectador bajo su aspecto ridículo aquellos vicios, defectos y manías, que por su generalidad comprenden al hombre de todos los siglos. Este es y debe ser el verdadero carácter y el legítimo fin de la comedia: corregir deleitando. Llamóse *nueva*, con razon, por lo inusitado de las vías que el teatro emprendia en Atenas; y su representante más ilustre (pues de otros apénas quedan fragmentos,) fué el poeta MENANDRO, ateniense, que vivió por los años 342 á 200 antes de J. C., y que, aunque acibarada su existencia por sinsabores y contrariedades, mereció de la posteridad respeto, gloria y nombradía; gracias á sus relevantes cualidades, que Plutarco aprecia con estas palabras: «Menandro sabe acomodar su estilo y dar tono á todos los personajes, sin abandonar lo cómico; pero con sencillez. Jamas pierde de vista á la naturaleza: el ingenio y flexibilidad de su expresion, con dificultad podrán ser superados. Puede decirse que es siempre igual á sí mismo, y siempre diferente, segun la necesidad...

»nació para ser leído, para ser representado, y para grabarse
 »en el corazón, para agradar en todos los lugares y en todos
 »los tiempos.» El juicio del célebre historiador debe ser exacto; pues aunque á Menandro no podemos conocerle por sus obras, de las que son insignificantes los restos que tenemos, le vemos hasta cierto punto y le apreciamos, viendo y apreciando en Roma al culto Terencio, su imitador, salva siempre cierta distancia que hay de uno á otro, por haber querido Terencio introducir en sus obras nuevos elementos escénicos de efecto, sacados de otras piezas del mismo Menandro, distintas de aquella que principalmente arreglaba ó traducía.

Difilo, Filemon, Filipido, y Apolodoro, representantes asimismo de la comedia nueva (pero cuyas obras no se conservan), suministraron á los cómicos latinos de la segunda época, incluso Plauto, la mayor parte de los argumentos de sus obras.

POESIA BUCÓLICA GRIEGA.

LOS POETAS SICILIANOS.

La poesía bucólica tuvo por cuna el verde suelo de la fértil Sicilia; y, aunque los pastores sean de suyo toscos é incultos, la hermosa naturaleza, con la que están siempre tan en contacto, suministra á este género sus preciosos matices. De aquí, que los poetas hayan podido sin gran violencia idealizar al sujeto de sus cantos tiernos y sencillos, tomando del objeto, esto es, de las bellezas de la Creación, colorido para sus risueños cuadros.

Teócrito es el vate pastoril que más renombre alcanzó en la literatura Griega, por ofrecernos obras acabadas entre las de su clase, y haber servido de tipo á los que le siguieron. Fué natural de Siracusa, y vivió por los años 370 a. J. C., habiendo gozado en Egipto de la estima y protección de Ptolomeo Filadelfo. De los escritores que ántes de él hayan podido cultivar en Grecia el género pastoril, nada resta. Teócrito compuso treinta poemas, que tituló *idilios*, como si dijéramos, retratos ó imágenes, reflejando en ellos incidentes y pormenores de la vida pastoril. Algunos son églogas por su forma dialogada. Es también autor de otros poemitas, á los que llamó *epigramas*, explicando su mismo nombre lo que son. Epigramas é idilios, dan bien á conocer la flexibilidad del talento de Teócrito, quien lo mismo se eleva casi á las alturas de la epopeya, que sabe encerrarse en la encantadora sencillez de las escenas campestres, ó esmalta sus cuadros con preciosos toques

dramáticos, llenos de vida y movimiento. Lástima que estas dotes las haya puesto á veces al servicio de ideas sensuales y lascivas; hecho que se explica bien por el estado de las costumbres coetáneas; pero que no admite disculpa ni atenuación.

Virgilio fué en la literatura latina un feliz imitador de Teócrito.

Con éste, comparten en Grecia *Bion* y *Mosco*, los laureles de la poesía risueña y animada de los valles y campiñas, en el período histórico de que se habla. Ambos son autores de *idilios* en el sentido que hoy se dá en las literaturas á aquella palabra. Mas sus asuntos son líricos ó mitológicos, sin poder ser calificados de bucólicos por falta de acción y de diálogo, esto es, por carecer de elementos subjetivos. El poema más celebrado de Bion es su «Canto fúnebre de Adónis,» en el cual, como en todas las producciones de este vate, dominan gracia y brillantez; pero también ornato supérfluo, y que dista bastante de la sencillez y naturalidad de Teócrito. Mosco se caracteriza por la delicadeza y sentimiento que en sus poemas dominan. Su obra maestra es el «Canto fúnebre en honor de Bion,» cuya muerte en él amargamente deplora.

Teócrito, Bion y Mosco, están traducidos al castellano por el conocido historiador D. José Antonio Conde.

LOS POETAS ALEJANDRINOS.

(CONCLUSION.)

En la escuela de Alejandría se cultivaron todos los géneros, si no con la espontaneidad y brillantez de siglos más felices para las musas griegas, con el esmero y cuidado que es característico de aquellos períodos literarios en los cuales el arte se sobrepone de ordinario á la inspiración. Hay más: aparecen nuevas formas, ó moldes poéticos, como el anagrama, y parecidas composiciones de índole ligera, que acusan visible decadencia en las letras griegas.

Nos limitaremos á brevísimas indicaciones.

POESÍA ÉPICA. Se distingue en ella Apolonio de Rodas, que vivió por los años 194 a. J. C., y se muestra feliz imitador de Homero, en su *Argonáuticon*, ó poema de los Argonautas: asunto, como se ve, tomado de los tiempos heroicos de la Grecia, pero que no trata dentro de las condiciones de unidad de plan y grandeza de acción, que son de exigir en la epopeya.

Eso no obstante, hay en Apolonio cualidades apreciables,

como sentimiento, energía en la pintura de caracteres, valentía en las descripciones, y versificación robusta y armoniosa. Si peca de algo su estilo, es del afán de ostentar erudición, que á modo de manía heredó de su maestro Calimaco. Apolonio fué en Roma imitado y seguido por Valerio Flaco; y hasta Virgilio pudo hallar en él algunos perfiles para su acabado cuadro de la pasión amorosa de Dido.

Otros imitadores tuvo también Homero en el período de que se habla. No llegaron á nosotros sus obras.

POESÍA DIDÁCTICA. En esta época de erudición, claro es que las enseñanzas de ciencias y artes habían de mostrarse en la Grecia, revestidas con el encanto del colorido poético. El primero de los poetas de esta clase es Arato, de Cilicia, que vivió por los años 277 a. J. C., y fué autor de la obra *Fenómenos y señales*; resúmen de cuanto la antigüedad griega conocía tocante á los astros y su movimiento. Es un poema bien versificado; y, aunque desprovisto de sentimiento y pasión, encierra episodios trazados con maestría, cuya lectura agrada. Ciceron tradujo en verso al latin «Los Fenómenos» de Arato, y Ovidio elogia con alabanzas no escasas á su autor.

Vivieron también en este período histórico Dicearco de Mesina, Nicandro de Colofon, y otros, cuyas poesías didácticas de escaso mérito en general, se han perdido en su mayor parte.

POESÍA DRAMÁTICA. Tragedias y comedias no faltaron en la época greco-alejandrina, segun consta por indicaciones de historiadores y retóricos. Se han perdido, y no debemos lamentarlo, pues se limitaban á narraciones fatigosas y diálogos pesados, en que salían mezclados recuerdos filosóficos con harta inoportunidad, hallándose muy poco regular, en medio de fárrago tan inútil. Figuraban sus autores en la *pléyade tragica* de que habla el famoso Cánon de los gramáticos de Alejandría, el cual no es otra cosa que un resúmen de los principales poetas y oradores que en diversas épocas florecieran en Grecia.

Fueron asimismo invención de este época las piezas satíricas llamadas *hilaro-tragedias* y *silos* (*silli-sillorum*, en el diccionario latino,) muy populares, á lo que parece, en tiempo de los primeros Ptolomeos. No han llegado á nosotros.

POESÍA LÍRICA. Consérvanse algunos fragmentos del etolio Alejandro, autor de elegías, y que fué también poeta dramático; y pertenece al período alejandrino el famoso Lycofron, que dió á luz la *Alejandra* ó la *Casandra*. Esta adivina predice en el poema, mediante inmensas tiradas de versos, toda la historia de las aventuras y expediciones de los griegos, desde los Argonautas y guerra de Troya, hasta Alejandro el Gran-

de. Un autor llama á esta obra «abismo de erudicion gramatical, histórica y mitológica,» con lo cual bien se expresa lo que es el poema de Lycofron. La oscuridad y la estrafalaria elocucion de éste llegaron á ser proverbiales en la antigüedad.

Calímaco es el más célebre de los poetas líricos greco-alejandrinos, hasta el punto de colocarle Quintiliano al frente de todos los elegiacos griegos. Fué hombre de vasta instruccion, gramático, crítico y poeta, con lo cual no es de extrañar que su pluma hubiera sido extraordinariamente fecunda. De las ochocientas obras que se le atribuyen restan fragmentos de sus elegías y yambos, algunos himnos religiosos y más de sesenta epígramas. Más que invencion y espontaneidad hay en Calímaco erudicion y arte, sin que pueda en absoluto negársele talento poético. Mucho estimaron los antiguos el estilo de Calímaco, no obstante revelar sus poesías, por la frivolidad y ligereza de muchas de ellas, notable decadencia de las letras en Grecia. El poeta latino Propertio se gloriaba en ser llamado el Calímaco de Roma; y Cátulo tradujo al latin en elegantes versos «La cabellera de Berenice,» trozo elegiaco de Calímaco, que no carece de gusto y sentimiento.

LA POESIA GRIEGA, Y LA CONQUISTA ROMANA.

Conquistada Grecia por Roma, la literatura helena cae en notoria postracion, á la vez que las letras latinas caminan á su edad de oro.

Desde los años 130 á 140 antes de J. C., la poesía griega, falta de entusiasmo, busca en la geografía, en la cronología y en ciencias aún más áridas, asuntos de inspiracion. En vano. Ni Apolodoró de Atenas con sus Tablas cronológicas, especie de resúmen en yambos senarios de hechos y épocas memorables de la antigüedad, y libro más interesante para la historia que para la poesía; ni Dionisio Perigetes con el relato en verso de sus viajes; ni Opiano escribiendo sus dos poemas sobre la pesca y la caza; ni el famoso Arquías defendido por Ciceron; ni otros autores de epígramas, que por estos tiempos figuran, pudieron levantar de su postracion á las letras griegas. Las musas de Homero y de Píndaro, no se dignaban ya descender del Olimpo á la tierra que pisaban los nietos de Pericles.

Una revolucion, entre tanto, se iba operando en el mundo de los espíritus. La luz de la verdad aparecia en los horizontes del orbe. El politeismo, que tan risueño se muestra en los poemas de los antiguos vates helenos, llega al fin á perder la eficacia que pudo tener algun dia en la inteligencia del

pueblo griego. El *Dios desconocido*, que Atenas ansiaba adorar, cuando el apóstol Pablo allí estuvo, fué predicado á los griegos y á los romanos y á toda criatura. La lengua griega sirvió, como la latina, de medio providencial para llevar á la inteligencia y al corazon de los hombres la feliz nueva del Evangelio.

Pero no fué ni debía ser la poesía su terreno propio. Los acentos y elocuencia de Isócrates y de Demóstenes, estaban llamados á ser reemplazados por otras voces que, resonando en el fondo del alma humana, habían de atraer á los mortales al camino de la verdad y de la vida.

SEGUNDA PARTE DE ESTOS APUNTES.

La elocuencia.

La elocuencia divide con la poesía su importancia, cuando se trata de estudiar y conocer la vida intelectual de la raza helena; y en ese pueblo, regido por instituciones ó formas democráticas, necesariamente tenía que ser la palabra humana, la oratoria, un elemento social de primer orden. Natural y espontánea en los tiempos anteriores á Demóstenes; grandilocuente y magnífica en los años del gran orador, la veremos despues atildada y retórica en su período de decadencia, para ostentarse más tarde brillante, vigorosa y rejuvenecida, cuando sirve de instrumento á la propagacion de la doctrina evangélica en los siglos cristianos.

Tiempos anteriores á Demóstenes.

¿Cómo no había de desempeñar un papel de primer orden la elocuencia en un país como el griego, cuyo legislador Solon estableció una ley segun la cual todo ciudadano mayor de cincuenta años podía tomar la palabra en las asambleas populares, al ventilarse en ellas los asuntos de interés general? Pronto de los ancianos pasó este derecho á toda persona de iniciativa, de inteligencia, ó de facundia; y, vista por los hombres políticos la influencia que el bien hablar podía tener en la marcha general de la cosa pública y en las aspiraciones de las distintas banderías, se comprendió la necesidad de cultivar como un arte el uso y empleo de la palabra. — *Górgias* de Leontium fué quien durante la guerra del Peloponeso introdujo en Atenas la oratoria como un arte, pidiendo á los atenienses auxilios para sus conciudadanos los leontinos en formas sobremañera estudiadas y artificiosas. La novedad agradó á los

griegos, y Górgias pudo contar en la capital con numerosos discípulos. Del uso, pasóse en breve al abuso; y, juzgando los partidarios de la nueva escuela, que la forma, la brillantez de la frase, la exterioridad rítmica era el único y exclusivo objeto de la oratoria, llegaron los discípulos de Górgias á defender el pró y el contra de todas las cuestiones, y, como *sofistas*, fueron acerbamente censurados y combatidos por el filósofo Sócrates. Eso no obstante, es un hecho que la oratoria extendió pronto en Grecia los límites de su dominio, y que, aplicada a los asuntos políticos, al foro, y á la enseñanza ó instruccion, desde luégo debió ofrecer los distintos aspectos que sirvieron más tarde á los preceptistas para marcar aquella triple division de géneros oratorios, el demostrativo, el deliberativo, y el judicial, que consignan en sus tratados Ciceron y Quintiliano.

Consta por noticias históricas que los grandes repúblicos de Atenas, desde bien antiguos tiempos, hallaron en su elocuencia un medio naturalísimo de persuasion y de gobierno. Solon, Pisístrato, Clístenes, Temístocles, Cimon, Alcibiades, y, sobre todos, Pericles, que dió nombre á su siglo, fueron grandes y renombrados oradores; muy esmerados, por cierto, en la redaccion de sus discursos, desde que observaron que los historiadores los trasladaban íntegros á sus relatos. Desgraciadamente para las letras, de toda esta elocuencia política nada llegó á la posteridad.

Para conocer la elocuencia ática ó ateniense, hay que acudir á los diez oradores que los gramáticos de Alejandría, en su célebre *cánon*, clasifican como primeros modelos del género en la época de mayor esplendor de aquel arte en Grecia. Hélos aquí: *Antifon*, discípulo de Górgias y maestro de Tucídides el historiador, poseía brillante y fecunda imaginacion, manejaba hábilmente el patético, y se distinguió en el género judicial, al que pertenecen las quince arengas que de él se conservan. *Andócides*, sencillo en su elocuencia, y del cual hay cuatro discursos, dos de ellos defendiéndose del cargo de haber profanado los misterios de Eleusis. *Lysias*, siracusano, elegante, puro, oportuno, metódico. Se conservan de él treinta y cuatro alegaciones, del género judicial. *Isócrates*, discípulo de Sócrates, fué maestro de elocuencia reputadísimo en toda la Grecia, distinguiéndose entre los veinticuatro discursos suyos que se conservan, el «Panegírico de Atenas,» leído ante el pueblo en los juegos olímpicos, y cuyo objeto es demostrar la supremacía que entre las ciudades confederadas corresponde á los hijos de la capital de Atica sobre sus émulos los espartanos. Es orador que dá más importancia á la forma que al fondo, y para él agradar al oido es ántes que mover el ánimo, alabándole Ciceron por haber sido el primero en comprender que hasta en los pensamientos debe procurarse el número y la medida, siempre que se evite el convertir la prosa en verso. Como retórico tuvo Isócrates la dicha de ser el maestro de los

prohombres de Atenas y áun extranjeros de su época. *Iséo*, á cuyas lecciones asistía el mismo Demóstenes, tiene un estilo lleno de nervio y energía, sin dejar de ser elegante. Once discursos se conservan de este orador. *Licurgo de Atenas*. Sólo hay de él una arenga, de estilo sencillo y natural, aunque de mal gusto. *Hiperides*, también ateniense, es muy ponderado por los antiguos; mas sus obras no llegaron á nosotros. *Dinarco*, de Corintio, consiguió en Atenas una gran reputación de orador elocuente, después de la muerte de Demóstenes, contra el cual pronunció una de las tres acusaciones suyas que se conservan.

Esquines y Demóstenes.

Caminan unidos los nombres de estos dos personajes en la historia de la elocuencia griega, por su rivalidad, y por la excelencia de sus facultades oratorias, tan celebradas por los antiguos como admiradas aún por los modernos. Vivieron por los años 387 á 322 ántes de J. C., y vinieron como á eclipsar el nombre y fama de los oradores expresados en el párrafo anterior, los cuales en su mayor parte precedieron á éstos inmediatamente, en el trascurso de cerca de un siglo, por el orden con que fueron citados. *Esquines* pronunció varios discursos, de los que se conservan tres. En el primero acusa al ateniense Timarco, íntimo de Demóstenes, de haberse dejado como sobornar por el rey Filipo de Macedonia, cerca de quien los atenienses le habían nombrado embajador. La elocuencia de Esquines triunfó en esta lucha, como asimismo obtuvo el triunfo en un nuevo discurso que hubo de pronunciar para sincerarse de ese mismo cargo de corrupción que á Esquines se hacía por sus adversarios. Por último, en el tercer discurso en que acusa concretamente á Demóstenes, por suponerle de acuerdo con Ctesifonte, para obtener á toda costa la corona de oro, que, oído su elogio fúnebre de los héroes de Queronea, el pueblo había decretado en honra de Demóstenes, fué vencido Esquines; desterrándose voluntariamente de Atenas, y abriendo en Ródas una cátedra de oratoria, que llegó á ser muy concurrida. El mérito absoluto de estos tres discursos, y el hecho de haberse sostenido en esa lucha con Demóstenes á la altura que el éxito de las dos primeras oraciones revela, ponen de relieve las prendas de orador hábil é intencionado, de orador elocuente, que Esquines poseía.

Demóstenes le sobrepujaba en el conjunto de cualidades que llegó á reunir. Dotado por la naturaleza de voz desapacible y de rudos modales, se consagró con tal fuerza de voluntad á dominar esos defectos, que á la edad de veinticinco años pudo desplegar las facultades asombrosas que bajo ese exterior despreciable se ocultaban, y obtuvo ruidoso éxito acusando al ciudadano Leptino de querer imponer á los atenienses magistraturas onerosas. Su clientela fué desde entonces inmensa:

muchos de sus compatriotas le encomendaron sus negocios; sin impedirle esto alegar sobre asuntos propios, pues que suyas llegaron á nosotros de esta clase algunas, que son curiosas por revelar detalles de la vida de Demóstenes, y noticias acerca de la legislación griega de entónces.

Pero la gran nombradía que este orador insigne consiguió en toda la Grecia se la dieron los célebres discursos que en el trascurso de quince años pronunció contra el rey Filipo de Macedonia. Son once estas oraciones, vulgarmente llamadas *Filípicas* ú Olintiacas, cuya capital idea es acusar al poderoso monarca de pretender pérfidamente arrebatarse á los griegos su independencia y libertad. Demóstenes había tratado de cerca á Filipo; conocía bien la habilidad y astucia con que había logrado atraer á su devoción á varios de los atenienses, que con el mismo Demóstenes á guisa de embajada habían ido á conferenciar con el poderoso rey, sobre todo á Esquines. Acusó, pues, á éste de corrupción y venalidad. Esquines se defendió acusando á su vez á Timarco, compañero de Demóstenes en la acusación, el cual por su maldad y vicios era indigno de la pública estimación. La persuasiva voz de Esquines triunfó de la elocuencia de Demóstenes; Timarco, desapareció de la escena, sin haberse terminado el proceso. No obstante este contratiempo, siguió Demóstenes en sus *Filípicas* demostrando las malas artes del macedonio; y logró al fin ver á las ciudades todas de la Grecia, inclusa Atenas, unidas como un solo hombre para defender su independencia ante el enemigo común. Dióse la batalla de Queronea. Demóstenes fué elegido para pronunciar el fúnebre elogio de los que en aquella jornada habían peleado por la libertad contra la servidumbre. Atenas determinó premiar los patrióticos esfuerzos de Demóstenes con una corona de oro, que Esquines quiso arrebatarse de la mano. ¿Cómo? Intentando probar ante la Grecia entera reunida para presenciar este singular combate de la elocuencia y del talento, que el decreto que trataba de cumplirse era producto de un amaño de Ctesifonte, amigo íntimo de Demóstenes, y que Demóstenes, responsable todavía de su gestión administrativa, y hombre por otra parte de conducta política reprochable no podía obtener el honor que para él se reclamaba. La energía de la defensa superó á la vehemencia de la acusación. Esquines no consiguió la quinta parte de los votos, y, según la ley, fué desterrado, retirándose á Rodas, como antes queda apuntado. Este magnífico discurso fué el último que en público dijo Demóstenes, quien años más tarde consiguió realizar una nueva liga de las ciudades griegas contra Macedonia; siendo esto causa de que Antipatro, después de su victoria, le condenase á muerte. El gran orador se quitó la vida por medio del veneno.

El juicio de la antigüedad sabia y de los críticos modernos está conteste en señalar á Demóstenes un lugar, acaso el primero entre los oradores clásicos de todos los siglos. Su dic-

cion es propia y oportuna, sus razenamientos enérgicos y vehementes; todas sus peroraciones están animadas de calor y vida. Sólo Ciceron, tan amigo del número y cadencia oratorios, desearía no ver en Demóstenes cierta rudeza de expresion, que corresponde mejor acaso que los períodos redondeados al estado de apasionamiento y violencia de su ánimo. Longino dice que es más fácil mirar con indiferencia los rayos que de las nubes se desprenden, que dejar de ser movido por las pasiones vehementes, que acá allá brillan en todas las obras de Demóstenes. Quintiliano admira el vigor de sus pensamientos, su estilo enérgico y conciso, y aquel especial arte suyo, que no permite ni quitar cosa alguna, ni añadir nada á sus discursos. Al lado suyo hubo tambien en ese período oradores de segunda talla, cuyas obras, ó se han perdido, ó si algunas tenemos, como parte de las de Demades de Aténas, no pueden compararse en mérito oratorio con las peroraciones de Esquines y Demóstenes.

Decadencia de la oratoria en Grecia.

Muertas las instituciones libres del pueblo griego, muda la tribuna, y reducidos á la servidumbre los descendientes de Miliciades y de Espaminondas, sucedió á la elocuencia la retórica, y á las faenas políticas los trabajos de estudio y erudicion. Dedicaron sus afanes los literatos helenos á restablecer en su pureza el texto de los antiguos poetas ó prosistas. *Aristófanes de Bizancio*, que vivió por los años de 199 a. J. C. fué el primero y mas notable de estos eruditos; revisando cuidadosamente el texto de Homero, Hesiodo y otros Poetas y fijando en una especie de catálogo el orden de preferencia que como autoridades merecían aquellos en cada género. Este fué el célebre *Cánon* de los gramáticos de Alejandría.

Fué maestro Aristófanes del célebre crítico y gramático *Aristarco*, comentador de antiguos poetas: émulo de Aristarco fué *Crates*, detractor sistemático de la antigüedad clásica; siguiendo las huellas de este último el macedonio *Zoilo*, que vivía por los años 240 a. J. C., llamado «azote de Homero» (*Homeromastix*) por sus declamaciones y acres cuanto injustas censuras contra el gran cantor de los tiempos heróicos. Nada resta de ellos, á excepcion de algunos trabajos gramaticales de Aristarco, que nos conservaron eruditos posteriores.

Tocante á la célebre escuela de elocuencia fundada en Rodas por Esquines, llegó á convertirse en este período histórico-literario en plantel de declamadores, vanos, hinchados y presuntuosos. No existen monumentos donde poder apreciar los caractéres de esta ficticia oratoria, cuyos secuaces eran no más que ampulosos *retóricos*, prueba viva de la decadencia que en la patria de Pericles llegó á tener el arte de convencer y persuadir.

Demetrio Falereo, magistrado supremo de Aténas desde

318 á 307 a. J. C., supo, no obstante esa decadencia, hallar en su elocuente palabra uno de los medios más eficaces para captarse el aplauso y estimación de sus conciudadanos, á que por otra parte le hacían acreedor su rectitud y amor á la justicia. Ningun discurso suyo se conserva; pero Quintiliano le llama «el último casi de los oradores áticos» (*Ultimus est fere ex Atticis qui dici possit orator*); y Ciceron indica que sabía agradar más que mover á los atenienses, siendo la dulzura y suavidad cualidades características de su elocucion. Demetrio tuvo junto á sí, para honrarle, al sábio *Teofrasto*, cuya cátedra, á la vez que de enseñanzas filosóficas, lo era de oratoria académica, á causa de la riqueza de las ideas y la elegancia de expresion que aquel gran maestro, por miles de oyentes escuchado, sabía reunir. La erudicion de *Teofrasto* era inmensa, y apenas hubo ramo del saber que no haya cultivado y sobre el cual no haya escrito, inclusa la retórica, la gramática y la música. Su tratado de moral «Los Carácterés» es la más conocida de sus obras. Es un cuadro bien trazado del corazon humano, siempre el mismo, siempre dejando ver la pugna eterna entre la razon y las pasiones; de suerte que, este libro, escrito bajo un punto de vista general, puede ser hoy leído como en los siglos en que fué escrito; pues sus ideas tienen exacta aplicacion al hombre de todos los tiempos y paises, y forman el más precioso estudio práctico de filosofía moral.

Teofrasto fué discípulo de *Aristóteles*; y, aunque no sea sinó de paso, diremos que este célebre filósofo dejó escrita una «Retórica,» que fué en la antigüedad fuente de preceptos y de enseñanzas para los literatos, poetas y oradores. *Aristóteles*, con la sagacidad que era propia de su elevado espíritu, entra en los detalles todos de la elocuencia, expresando siempre sus pensamientos con tal precision y exactitud, que sus preceptos son otras tantas leyes del arte literario, hoy en vigor, casi podemos decir que como en los pasados siglos.

La elocuencia griega despues de la conquista romana.

Entre la multitud de vanos declamadores que en este período histórico seguían, como en el anterior, pululando, hallamos dos verdaderos sábios que, superiores á su época, merecen especial mencion: *Dion Crisóstomo* y *Luciano de Samosata*.

Dion Crisóstomo, de Perusa en Bitinia, fué contemporáneo de Nerva, y honrado por Trajano de un modo especial. Quedan de él veinticuatro discursos sobre asuntos, ya filosóficos, ya políticos ó literarios. Respecto á elocuencia, enseña que los grandes modelos bien estudiados y, no la artificiosa combinacion de rebuscados períodos, llegará á formar al orador; y él mismo revela en su elegancia y en su elevacion de estilo

no olvidar aquel consejo y haberse inspirado en los grandes maestros de otros siglos. En sus escritos políticos muéstrase Dion adversario de toda tiranía, y mira con envidia los tiempos felices de la república romana. Sus obras morales, como las de Ciceron y Séneca, revelan vaguedad de ideas, ánsia de verdad, esfuerzos inútiles del espíritu humano por hallar solución á los grandes problemas de la servidumbre y la libertad, el dolor, la felicidad, etc. Parece como que el politeísmo se refugiaba en Dion, en sus últimas trincheras, ante la fuerza incontestable de las ideas cristianas, que comenzaban ya á apoderarse de los espíritus. El estoicismo, aún depurado de sus defectos, no podía sostener el paralelo con la nueva religión.

Luciano, nacido en Samosata á principio del siglo II, recorrió las principales escuelas de Grecia, Asia y las Galias, para instruirse en filosofía y en retórica; y despues de haber conseguido repetidos triunfos en diversas regiones, gracias á su elocuencia y verbosidad, se propuso atacar por el ridículo á los sofistas y ergotistas, en su siglo tan prepotentes.

De aquí el aspecto satírico de los *Diálogos* de Luciano, en los cuales hace caer el ridículo de lleno sobre todas las enseñanzas de los antiguos, ya filosóficas, ya religiosas, completando su obra de destruccion con el *Tratado de los sacrificios*. El politeísmo recibe golpes rudos de la pluma de Luciano. Pero el célebre escritor ¿con qué intenta sustituir esas antiguas instituciones, cuyo vacío inmenso deja tan al descubierto? Con nada. Ataca á veces al Cristianismo sin conocerle bien, como no le conocía tampoco Dion Crisóstomo, y sin reflexionar que sólo la doctrina cristiana era la que en frente del paganismo ponía todo un sistema completo de fé y de costumbres, de dogma y de moral, infinitamente superiores á cuanto los antiguos sábios de Grecia y Roma habían podido alcanzar. Luciano, buscando fuera del cristianismo algo que sustituyera con ventaja al politeísmo, venía sin quererlo á demostrar indirectamente la verdad de la doctrina contenida en el Evangelio; pues, siendo imposible que el pueblo viviera sin creencias, instruirle acerca de todos los errores y preocupaciones de que había sido presa hasta entónces, era evidentemente preparar el camino al advenimiento de la Buena Nueva. Elío Arístides, Máximo de Tiro, Filóstrato y Ateneo, autor del «Banquete de los sofistas,» son escritores que, aunque de menor talla que los dos anteriores, ponen de manifiesto el carácter de la erudicion filosófica y literaria en estos siglos, en los cuales hay asimismo *Gramáticos y Retóricos*, en las provincias griegas, dignos de citarse. Tales son Apolonio el sofista que publicó en Alejandría el primer *léxicon* ó vocabulario griego, aunque limitando su trabajo á las voces que se hallan en las obras de Homero; Herodiano, que hizo lo propio respecto á las de Hipócrates; y Timéo á las de Platon; Dionisio de Tracia, que reinando en Egipto Ptolomeo Evergetes II dió á luz

la primera gramática griega completa; Hermógenes de Tarso, contemporáneo del emperador Marco Aurelio y que escribió el tratado de retórica que en aquellos tiempos logró adquirir mayor renombre en las escuelas. Los comentaristas de Homero y de otros vates antiguos fueron entonces muy frecuentes.

Como el más distinguido de los maestros griegos de elocuencia bajo la dominación romana, debe citarse á principio del siglo III de la era cristiana al célebre LONGINO, llamado por sus contemporáneos biblioteca viviente, y del cual nos queda el *Tratado del sublime*: obra todavía leída hoy con gusto, por el acierto con que expone las doctrinas acerca de la naturaleza y caracteres de la sublimidad, tanto el pensamiento como en la frase, y por los muchos ejemplos y citas con que demuestra sus teorías. Longino, como dice Boileau. «al tratar » de las bellezas de la elocucion, emplea todos los primores de » la elocucion. Frecuentemente practica la figura que enseña, » y hablando del sublime es él mismo sobre manera sublime. » Mas esto lo hace tan oportunamente y con tanto arte, que » bajo ningun concepto podrá acusársele de salir del círculo » de lo didático.» El citado Boileau tradujo al francés este libro de Longino, que Casaubon llamaba libro *de oro*: frase que en boca de tan docto humanista excusa todo otro elogio de esta obra.

Un emperador de Roma ilustró en el siglo IV las letras griegas con variadas producciones, que demostraban ingenio y talento, por desgracia no puestos siempre al servicio de la verdad. El célebre *Juliano*, apellidado el Apóstata, dejó obras bastantes para poder considerarle como literato. Tales son la *Fábula alegórica*, alusiva al emperador Constantino y á su familia; *Los Césares*, especie de historia crítica de los emperadores que le habían precedido, escrita con harta parcialidad y en la cual coloca con visible injusticia en el último puesto á Constantino sólo por haber abrazado el Cristianismo; pero obra en la que resplandece notable estilo y en ocasiones elevación de pensamiento: El *Misopagon*, sátira contra los habitantes de Antioquía que se habían mofado de Juliano, de su aspecto en público y de sus manías filosóficas: algunos *Discursos* en alabanza de los dioses y de los príncipes: y una insignificante parte de sus Cartas. Juliano aprovecha cuantas ocasiones puede para combatir la fé cristiana, que casi desconocía, y cuanto se relacionaba con el nombre cristiano. Temistio, Libanio, Himerio, eruditos escritores, secundaron sus esfuerzos. Pero en vano: el Paganismo estaba muerto en los espíritus; resucitarle era empresa absurda é imposible.

La elocuencia griega cristiana.

El carácter espiritual de la religion predicada por Jesús en la Judea era mucho más apropósito que el politeísmo para sa-

tisfacen las nobles aspiraciones del corazón humano, que ama irresistiblemente todo lo grande, elevado y sublime. La lengua griega fué el primer elemento externo de propagación del Cristianismo; y forzoso era que, iluminadas las inteligencias por la Luz esplendente que había aparecido sobre el horizonte del mundo, el influjo de las nuevas ideas se dejará sentir en el orden literario. Los escritores de la antigua Grecia apenas se cuidaban de otra cosa que de la forma externa, sensible y *escultural* de sus creaciones: el Cristianismo penetraba en los más recónditos senos del alma, y al orador y al poeta les mostraba dónde se hallaba la belleza pura y sin imperfección, dónde la bondad y verdad á que el hombre aspira.

A los nuevos conceptos correspondían nuevos elementos artísticos de expresión; y de aquí la *elocuencia cristiana*, apologética en un principio, dogmática y controversista más tarde, y que ofrece en la historia de las letras helenas esa interesante sección de la oratoria conocida con el nombre de *Padres de la Iglesia griega*.

Los apologistas.

En el siglo II comienza la literatura griega cristiana á enriquecerse con notables monumentos de elevada elocuencia, cuyo estudio es sobremanera interesante.

S. JUSTINO, nacido en Siquen de padres paganos, á principios del mismo siglo segundo, estudió los sistemas filosóficos todos, y ni en ellos ni en los antiguos poetas pudo encontrar la verdad, por la que suspiraba. Hallóla al fin en los libros Santos; y, convertido á la fé, dedicó toda su instrucción y talentos á los cristianos, para vindicarlos de las calumnias contra ellos por los gentiles levantadas. Escribió á este efecto dos *Apologías*, pidiendo en la primera con valentía y elocuencia que á los discípulos de Cristo se les juzgase nada más que con arreglo á los principios de la recta razón; y defendiendo en la segunda la libertad que debieran tener los paganos para aceptar voluntariamente la nueva religión. Movidó por los acentos persuasivos de San Justino el emperador Antonino Pio, dió un edicto en favor de los cristianos. Salieron también de la pluma de este fervoroso adalid de la Cruz una *Exortación á los gentiles*, haciendo ver que la religión de estos no tenía otras bases que las vanas, groseras y sensuales fábulas del politeísmo, y la debilidad é incoherencia de los sistemas filosóficos; el *Diálogo con Trifon*, juicio á quien demuestra la divina misión realizada por Jesús; y su *Carta á Diógenes*, exponiendo admirablemente el fondo elevado y espiritual que es característico de la vida y hechos de los cristianos. El estilo de Justino es generalmente elevado y brillante; y su denuedo en defender por escrito la fé le valió la persecución y el martirio.

ATENÁGORAS fué en el mismo siglo autor de una *Apología* dirigida al emperador Marco Aurelio, oponiendo á las acusa-

ciones que á los cristianos se les dirigían, de ateísmo, incesto, y antropofagía, la unidad de Dios, la pureza de vida y costumbres de los creyentes, y su horror al derramamiento de sangre y á las concupiscencias de la carne. Admirablemente traza Atenágoras el plan de su obra, y sobresale ésta por su forma no ménos que por las altas ideas que su fondo encierra. Tiene este autor otro hermoso tratado sobre la Resurrección de la carne.

San Teófilo de Antioquía, Hermas, y San Ireneo de Lyon son también apologistas notables del segundo siglo.

SIGLO III. Empieza este siglo ofreciéndonos la gran figura teológico-literaria de CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, elevado en 189 á la dignidad episcopal; llamando desde luego la atención universal por su conocimiento extenso de la literatura griega, y su afluencia persuasiva, dulce, y sencilla en alto grado. Creyó Clemente que hasta cierto punto podían armonizarse las ideas cristianas y las de la antigua filosofía espiritualista; y á este fin parecen tender en último término sus tres grandes obras. Son estas: La *Exhortación á los gentiles*, tratado excelente como refutación directa del paganismo, cuyos oráculos y supercherías pone Clemente al descubierto en trozos enérgicos y de admirable colorido, estableciendo después un paralelo brillante entre las abominaciones y delitos que el politeísmo consagraba como otros tantos dogmas, y la bienhechora luz que al mundo trajo la revelación, acompañada de la pureza inefable de la moral cristiana. Se titula otro de los trabajos de este escritor *El Pedagogo*: es un libro de enseñanza eminentemente práctico. El instructor, el maestro del género humano es Jesucristo; nosotros somos hijos suyos, discípulos suyos, que debemos conformar nuestra vida á las prescripciones evangélicas, para elevarnos así á la gloria del Padre. El tercer tratado de Clemente de Alejandría es el que llamó *Stromata* (etimológicamente estrado, tapete, alfombra). Desarrolla en él todas las doctrinas cristianas relativas al dogma y á los misterios; pero confiesa que lo hace sin orden fijo y semejándose su obra á un vergel frondoso y sombrío, mas en el cual los árboles frutales están al azar entre otros estériles, para que se hallen ocultos á la vista de quien pudiera entrar en la tentación de robar sus frutos. Aparte de la cuestión de método, son los *Stromata* un tesoro inagotable de erudición, y el trabajo que dió más nombradía á su autor. Falleció éste en 217.

ORÍGENES.— Este célebre discípulo de Clemente de Alejandría nació en esta ciudad en el año 185, siendo tales sus conocimientos desde su juventud, que ya entonces merecía la consideración de un grande hombre, según la expresión de San Jerónimo. Como apologista, escribió Orígenes numerosas obras en defensa de la fé cristiana, siendo la más notable su *Tratado contra Celso*, combatiendo á este filósofo, que hábilmente quería en sus escritos privar al cristianismo de su carácter fundamental de doctrina regeneradora del espíritu huma-

no; y estudiando el asunto sobre tal aspecto de profundidad, que apenas hay observacion alguna de las que la incredulidad moderna presenta contra el dogma católico, que Orígenes de antemano no haya victoriosamente refutado. Gloria de este apologista es haber sido fundador de la exégesis bíblica, depurando los textos antiguos de las Santas Escrituras, para ofrecerlos en columnas paralelas á la consideracion de los judíos, tenaces en negar la autenticidad de las más acreditadas versiones. Notas, aclaraciones, y escolios numerosos, ilustran este gran estudio de Orígenes sobre la Biblia, aún hoy estimado, después del trascurso de tantos siglos. Los escritos dogmáticos que de este autor se conservan, dirigidos principalmente contra los herejes llamados gnósticos, revelan su admirable talento é instruccion; mas al propio tiempo nos le presentan como dejándose arrastrar por los extravíos de su imaginacion y cayendo en errores que reprobó la Iglesia, condenando á los sectarios que, por seguirlos, fueron llamados *Origenistas*. Esto en nada aminora el mérito de los otros tratados de Orígenes, así como el de sus obras prácticas, como el «Tratado de la Oracion» y la «Exhortacion al martirio,» lo mismo que el de su numerosa correspondencia, casi totalmente, con otros muchos escritos de varias clases, perdida.

SAN GREGORIO TAUMATURGO, nació en Neocesarea á principio del siglo III, señaló clara y sucintamente en su «Exposicion de la fé» la inteligencia verdadera del dogma de la Trinidad, y en su «Panegírico de Orígenes» dá á conocer los caracteres del método seguido en la enseñanza pública del cristianismo.

Siguen los Padres griegos dogmáticos.

Siglo IV. Continúan en este siglo los maestros católicos caminando por la senda trazada por Gregorio Taumaturgo; y sus esfuerzos durante largos años se dirigen á oponerse á la invasion creciente y asoladora de la herejía de Arrio.

SAN ATANASIO, que en 315 asistió al concilio de Nicea, fué desde su sede de Alejandría (á la que subió en 326), el talento inmenso que, con energía, serenidad, alteza de miras, y elevacion de estilo, supo mostrar lo mismo á los gentiles que á los arrianos cuán errados iban en su camino. Y sea que comente las Santas Escrituras, ó que escriba «sobre la Encarnacion» contra los adeptos de Arrio, ya se ocupe en asuntos históricos, ya sea autor de epístolas, muéstrase San Atanasio elevado, enérgico, noble y majestuoso, cuanto persuasivo y conmovedor. Literariamente considerados sus escritos, le han conquistado quizá igual renombre que mirados bajo el punto de vista teológico-dogmático.

SAN BASILIO, que vivió de 329 á 379, fué Obispo de Cesaréa y, como Atanasio, elocuente impugnador del arrianismo. En frase de Focio, quien aspire á ser un cumplido orador no tendrá menester ojear á Platon ni á Demóstenes, si es que toma á

Basilio por modelo. Como controversista, nos dejó este insigne doctor sus libros contra el hereje Eunomio, y su «Tratado del Espíritu Santo,» escritos con tanta habilidad como sentido profundo, y obra la última en que bebieron los teólogos de todos los siglos la doctrina católica relativa á tan importante materia. Escribió también multitud de homillas y cartas; y como orador brillan sus excelentes cualidades en la obra didáctica que tituló *Exameron*.

Se propone en ella instruir á sus fieles de Cesaréa, elevándolos hasta Dios por la contemplación de la naturaleza; y en medio de algunos errores sobre Física muy comunes en la antigüedad, hay en esta obra ideas exactas y multitud de descripciones llenas de encanto y de verdad, en las cuales, aliándose la ciencia del teólogo con la imaginación del poeta, va explicando el elocuente maestro, por la mañana y tarde, esa série de maravillas que el universo ofrece á nuestra contemplación, con el entusiasmo, elevación de miras y exquisita sensibilidad que caracteriza los escritos todos de San Basilio, que supo aunar cual pocos escritores los encantos de una imaginación viva y pintoresca, con un corazón abrasado en el amor divino y en la caridad al prójimo. Murió en 379.

SAN GREGORIO NAZIANZENO. Fué como San Basilio denodado adversario de la herejía; pero literariamente considerado tiene un estilo más vivo y fogoso, más lleno, si se quiere, de encanto y atractivo. Sus discursos contra el apóstata Juliano son obras acabadas de energía santa y de valor incontrastable. Escribió asimismo Oraciones fúnebres, cartas, y algunos poemitas, entre ellos uno sobre su propia vida. San Gregorio rebosa amor y dulzura en todos sus escritos, que tienen por ende cierto tinte de originalidad. Murió sobre el año 391.

OTROS PADRES DEL SIGLO IV. Brillaron todavía en este siglo, en las regiones de Oriente, otras esclarecidas lumbreras, que ilustraron á los fieles con sus luces, con su predicación y escritos, consiguiendo el glorioso dictado de doctores de la Iglesia. Tales son: *San Epifanio*, prelado de Salamina, (310 á 403) que dió á los cristianos de Panfilia instrucciones preciosas sobre la Trinidad y otras verdades dogmáticas, atacadas por los sabelianos, maniqueos, y arrianos, en la obra que tituló «Ancora». Escribió también San Epifanio el «Antídoto,» especie de análisis de los errores de la ciencia filosófica y judaica anterior á Jesucristo, y de las herejías posteriores; combatiendo unos y otras con erudición suma, aunque en descuidado estilo.—*San Cirilo de Jerusalem*, (315-386) cuyas «Catequesis» en número de veintitres, son otros tantos documentos de instrucción de catecúmenos y neófitos, presentados en forma elocuente, sencilla y concisa, cuanto nutridos de verdad y solidez de doctrina.—Y por último *San Efren*, diácono de Edesa en la Syria, que, según el testimonio de San Juan Crisóstomo, supo en sus Comentarios sobre los Libros Santos, aventajar á otros en el arte de inflamar á las almas tías y lánguidas,

reanimar el valor de los afligidos, dar á la juventud reglas de conducta, dirigir á los solitarios por las vías de la perfeccion, y á los pecadores por las de la penitencia, y confundir á la herejía con los golpes que la asesta: todo esto conseguido, mediante las cualidades extraordinarias de su elocucion, llena de magnificencia y brillo, propia á veces más del poeta que del orador, y revelando siempre profundo sentimiento de caridad y amor. Murió por los años de 378.

Padres del siglo V. El Crisóstomo.

Dada la paz á la Iglesia por Constantino, los escritores eclesiásticos, en vez de luchar en campo abierto con los enemigos de la fé, tuvieron que buscar á su actividad nuevo rumbo; y llenos de aquel santo celo que penetra hasta el fondo de los corazones y domina las voluntades, se propusieron hacer del rebaño cristiano una asamblea de hombres virtuosos, y puros en su vida y costumbres. Por eso á los controversistas suceden los oradores, y la elocuencia brilla con nuevo esplendor en este siglo, figurando al frente de todos los predicadores evangélicos el incomparable genio que mereció de la posteridad el significativo epítome de *boca de oro*; el Crisóstomo.

SAN JUAN CRISÓSTOMO, nacido en Antioquía por los años de 344, amigo y compañero de San Basilio en su juventud primera, anacoreta por seis años ántes de ascender al sacerdocio, y elevado á esta dignidad en la misma Antioquía por los años de 386, comenzó allí su carrera de apóstol con éxito extraordinario, maravillando y edificando al pueblo creyente con su poderosa y persuasiva palabra, durante doce años, al cabo de los cuales, en Febrero de 398, el emperador Arcadio le designó para la sede de Constantinopla. La corrupcion de la corte había llegado á su colmo, cundiendo el mal ejemplo hasta la clase sacerdotal. El virtuoso Prelado consagró todo su celo á reformar las costumbres del pueblo y del clero, dominando con su palabra persuasiva todas las voluntades, y á veces apaciguando las conmociones populares; cual sucedió cuando tomó bajo su amparo al favorito Eutropio, acusado de prevaricaciones y abusos. La santa libertad con que el Crisóstomo reprendía el vicio atrajo contra su persona los rencores cortesanos, y en 403 tomó el camino del destierro, muriendo en 407, en una ciudad del Ponto.

La gran gloria de San Juan Crisóstomo como orador consiste en haber fijado los verdaderos caractéres de la elocuencia cristiana, nuevo elemento de persuasion, llamado á mayores triunfos que los de la antigua plaza de Atenas ó del foro romano. Su génio fué capaz de ofrecer al mundo cuanto de bello y verdadero pudiera hallarse en la antigüedad griega, ennoblecido, elevado á excelsa altura, y como espiritualizado por la benéfica influencia del Evangelio: produciendo en sus obras esta alianza bellezas de originalidad suma, que no

reconocen en su género un más allá. Su estilo se caracteriza por el empleo de imágenes, llenas de encanto, y de alegorías magníficas, realizadas por la construcción de un período siempre rico, magestuoso, y armónico. La lectura de sus mejores trozos oratorios, hoy como siempre, será eficaz para formar el gusto de un perfecto predicador. Sus tratados didácticos y sus Homillas son obras de extraordinario mérito bajo el aspecto teológico y moral.

Muerto el Crisóstomo, todavía la elocuencia cristiana en Grecia logra esplendor en la pluma de *San Cirilo de Alejandria*, quien mereció ser llamado «el Doctor católico» por sus brillantes escritos apologético dogmáticos contra el hereje Nestorio, trazados con mano segura, erudición inmensa y galana imaginación; y por otros tratados expositivos y morales que dió á luz, (murió en 444); de *San Isidoro de Pelusa*, notable por sus Cartas, en las que por incidencia examina las condiciones que estos escritos deben tener como género literario; y de algunos otros. Quizá correspondan también á autores de los siglos III ó IV las obras que corren con el nombre de San Dionisio Areopagita. En conjunto son una especie de enciclopedia teológica, que á todas luces supone el desarrollo de doctrina y la fijeza de ideas que fué consecuencia de las grandes luchas sostenidas por la Iglesia con los herejes de aquellas centurias.

En el siglo VI comienza á decaer la elocuencia greco-cristiana, y continúa en los siguientes careciendo de todo mérito literario, si se exceptúan las obras de *San Juan Damasceno*, adversario infatigable, en el siglo VIII, de los herejes iconoclastas, y autor de multitud de escritos de controversia, llenos de unción viva, penetrante y persuasiva.

La voz humana consiguió en las regiones de Oriente, bajo la enseñanza de la Cruz, triunfos más positivos que los que un día obtuviera en el Areópago ó en la plaza de Atenas. La oratoria sagrada, cuyas bases dejan sentadas los PP. de la Iglesia griega, tiene asegurada en el mundo su permanencia y estabilidad.

FIN DE ESTOS APUNTES.

Los historiadores griegos.

La cultura intelectual de la antigua Grecia debía también revelarse en los monumentos históricos; sección no la menos importante en la literatura de aquel privilegiado país.

Antes del siglo de oro de Pericles, el historiador griego de más nombradía fué el célebre HERODOTO de Halicarnaso, llamado *padre de la historia*, y que vivió por los años 440 de Jesucristo. Su historia pudiera llamarse narración épica de las

luchas entre griegos y persas; tal es el tono poético, y brillantez de estilo que reviste! Encierra curiosos detalles sobre los países de Oriente y Egipto, y su tacha única es acaso la nímia credulidad que revela en su autor. Este dedica sus libros históricos á las nueve Musas. El sabio jesuita Guerin de la Roca en su «Historia verdadera de los tiempos fabulosos» pone en parangon varios pasajes de Moisés y de Herodoto relativos al Egipto, para demostrar que el historiador griego pudo haber bebido en las fuentes de los Libros santos muchas de sus noticias sobre el país de los Faraones.

En la edad de oro son los principales historiadores griegos Tucídides y Jenofonte. TUCÍDIDES, ateniense, escribió la «Historia de la Guerra del Peloponeso;» obra notable, sagaz, profunda, que no se limita á una simple narracion, sinó que intenta penetrar en el fondo, en las causas y móviles de las acciones humanas; abriendo con su plan y propósitos el camino á la escuela histórico filosófica de tiempos posteriores. Indica Schlegel que la de Tucídides es una obra maestra de exposicion, y que en la grandiosidad de la composicion nadie posterior á él le ha igualado. Nació en 471.

JENOFONTE, guerrero, filósofo é historiador, sin la brillantez de Herodoto, ni la profundidad de Tucídides, sabe por el encanto y elegancia de su elocucion despertar en el lector interés y simpatías. Sus *Helénicos* son como continuacion de la historia de Tucídides: su *Anabasis*, ó relato de la retirada de los diez mil, nos muestra á la Grecia tan grande como en sus dias de gloria, en los momentos en que la cercan desventuras increíbles en tierra extraña. Su «Ciropedia» es trabajo que merezca acaso mejor la consideracion de novela que de libro histórico. Vivió en la segunda mitad del siglo IV a. de J. C.

En la época posterior á Alejandro Magno, el más notable de los historiadores griegos es POLIBIO (n. 205 a. J. C.) autor de una *Historia general* en cuarenta libros, (restan solo cinco) que abrazaban desde la primera guerra púnica hasta la conquista de Macedonia por los romanos. Polibio se muestra en su obra á gran altura crítico-filosófica; y Roma es para él como un centro al que, bajo un plan inteligente, llevado á cabo con decision y perseverancia, vienen á parar y convergen los hechos todos que acá y allá constituyen el tejido de la historia antigua. Según M. Henry, jamás se escribió la historia por «de más penetracion, de una perspicacia más profunda, y de un juicio más sano y más libre de toda especie de pre-ocupacion.»

Después de la conquista romana, los historiadores griegos más dignos de recordarse son: DIONISIO DE HALICARNASO, autor de las *Antigüedades romanas*, obra llena de importantes y curiosas noticias, por más que padece de excesiva adulacion á los romanos. Vivió en el siglo de Augusto.

DIODORO DE SICILIA, que escribió en estilo claro, sencillo y ameno una *Biblioteca histórica*, que abraza desde los tiempos

fabulosos de la Grecia hasta Julio César; siendo generalmente imparcial en sus juicios, y sensato en reconocer en la marcha de los sucesos un orden providencial.

FLAVIO JOSEFO, el historiador profano del pueblo hebreo, contemporáneo de Vespasiano y Tito. Sus *Antigüedades judaicas* completan las narraciones históricas del Antiguo Testamento, y su *Historia de las guerras de la Judea*, á más de cierto tinte dramático que tiene, es altamente interesante como narración de un testigo presencial.

PLUTARCO, el insigne biógrafo, que levantó en sus *Vidas paralelas* un monumento duradero á la gloria de los más ilustres varones de la antigüedad. Vivió en tiempo de Adriano y Antonio Pio.

Por último, representan la decadencia de la historia griega, durante el imperio de Occidente *Apiano de Alejandria*, conocedor exacto de la organizacion militar romana; *Arriano de Nicomedia*, elegante historiador de Alejandro el Grande, *Herodiano* de Alejandria, que ilustró con sus narraciones algunos periodos del Imperio, suministrando materiales á los escritores latinos de la *Historia Augusta*; *Dion Casio*, que revela en su «Historia romana» conocer muy á fondo, en sus diversas épocas, la constitucion política del pueblo-rey; y otros ménos conocidos.

Tambien la historia tuvo en la Grecia cristiana plumas bien cortadas, que supieron narrar en interesante estilo las persecuciones, las luchas, y los triunfos de la naciente Iglesia, en los primitivos siglos. Es el primero de ellos *Eusebio de Cesarea*, que legó á la posteridad un tesoro de erudicion en su «Historia eclesiástica» y en su «Preparacion y demonstracion evangélica;» sigue la historia *tripartita* de *Sócrates*, *Sozomeno* y *Teodoreto*, completando á estos escritores *Evagro*, que vivió en el siglo VI y ostenta en sus narraciones esmero y elegancia. Resulta así, que la literatura cristiana ofrece, en todos los géneros, modelos capaces de sostener parangon con los escritores paganos; que si éstos son tocante á la forma tipos por lo general de perfeccion artística, en cambio los primeros poseen exclusivamente el secreto de elevar nuestro espíritu á las alturas de la verdad infinita y de la eterna Belleza.

FIN.